

# Épica chusma

---

Fernando Aíta

el pez plátano

dock

Fernando Aíta nació en Avellaneda, Buenos Aires, en 1975. Desde 2002, es uno de los editores de *Ñusléter* –24 hs. de literatura–, ([www.niusleter.com.ar](http://www.niusleter.com.ar)).

Trabaja coordinando talleres literarios, como docente y como traductor de inglés.

Este es su primer libro.

Nota: Versiones anteriores de “Pito, Pin Floi y Guau-guau”, “Gastón”, “Rif” y “ Un cruce” fueron finalistas del concurso “Poesía en tierra” organizado por el Centro Cultural de España de Buenos Aires y publicados en el libro del mismo nombre por el Fondo de Cultura Económica (Buenos Aires, 2005).

Ediciones del Dock  
Avda. Córdoba 2054, 1° "A"  
(1120) Buenos Aires  
Tel/Fax: 4374-2772  
e-mail: info@deldock.com.ar  
www.deldock.com.ar

©2007 Ediciones del Dock

Diseño de tapa e interior: Rubén E. Iglesias

Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723  
Impreso en Argentina/ Printed in Argentina

Aíta, Fernando  
Épica chusma - 1° ed. - Buenos Aires:  
Ediciones del Dock, 2007.  
56 p. ; 10 x 15 cm. (El pez plátano)  
I.S.B.N.: 978-987-559-074-8  
1. Poesía Argentina. I. Título  
CDD A861

Fecha de catalogación: 10/04/2007

**Fernando Aíta**

**Épica chusma**

a mis padres  
a mi hermano Lalo  
a mis amigos  
a todas las personas  
que participan de estos poemas

*Es la lógica de nuestro tiempo  
—ningún tema para verso inmortal—  
que quienes vivimos por sueños honrados  
defendamos lo malo en contra de lo peor.*

Cecil Day Lewis,  
“¿Dónde están los poetas de la guerra?”

## Dock Sud

El río parece un zanjón,  
un obstáculo que saltan los puentes.  
No tiene nombre, casi no corre,  
pero hay días que se desborda,  
cubre las calles y hace naufragar  
los muebles de las casas bajas.  
En las orillas crecen plantas negras,  
grises, plateadas, flores de humo  
que destilan un perfume de azufre  
y se tragan el aire de las noches.

Al Norte del Sur hay un límite, un borde:  
Dock Sud, embebido de combustible,  
de sustancias misteriosas, clandestinas;  
abundan sirenas, alambrados, candados, carteles,  
precaución, peligro... Tan inflamable  
que en cualquier momento explota...

¿Ves ese señor canoso de camisa marrón,  
que silba como un tiroteado y lleva esa caja pesada  
hasta la camioneta? Tiene los ojos grandes  
como un dibujito: se esfuerza en mirar  
a través de esta oscuridad. Es un mutante,  
está lleno... Mirá cómo se ríe lisérgico,  
cómo se divierten con la mujer de la parrilla...

¿Aquel pibe con equipo de gimnasia  
azul y amarillo, que hace señas de paliza  
al diariero? Tiene el cuello largo  
de querer asomarse por el borde  
de este pozo. El otro es Saporiti,  
el cogote corto y gordo, lleno de gritos:  
¿hace cuánto que no va a la cancha?

¿Y la nenita que juega con el perro gris  
en el cordón, y mira cómo la autopista  
le pasa volando el barrio? La nariz chiquita  
para respirar poco. El aire no es bueno,  
se ponen barbijos de coca.  
¿Viste que no hay muchos pájaros?

¿Ves aquellos que se juegan la vida  
en el pool de la esquina?  
Tuta, Huevo, Quiquito, Mandarina.  
No paran de jugar al truco  
de las mil señas... Si te ven caminar  
ya saben a dónde vas, y a qué.  
Hay que estar en todas. Siempre despierto  
para que no te madrugen... Y ojo  
cuando mirás a la gente a los ojos.  
Tenés que ser auténtico. Acá  
se le cae la careta al mundo.

—¿Todo bien, gente? —*Por ahora.*  
Se vive en presente; se sabe  
que el pasado es *la otra vuelta*.  
La noche hace obvio todo  
lo que el día pretende esconder.  
Cuando sale el sol, duele,  
felizmente: un día más es otro día.  
Y muy poco cambia todo.

## Salud

El frente blanco y cuadrado de casa.  
Abajo de la ventana izquierda, las marcas  
de una suela de zapato derecho.

Un piso más arriba mamá  
cocina, cose y cada hora  
se asoma como un cucú  
para velar por los chismes del barrio.  
Ríe con la radio, toma una cerveza,  
y dos por tres un vaso se le rompe.  
Papá, en el dormitorio, gruñe  
el número de docenas  
roto a lo largo del matrimonio.  
Mamá se mete en sus trajes,  
disfraces. Las comidas exquisitas.

Cuando el sol terminaba las horas extras,  
y calentaban las lámparas de magnesio, Lito  
llegaba hasta el negocio vecino  
a tomar trago a trago  
cuantas cervezas  
le entraran en el vientre.  
¡Qué barriga más esférica  
y qué hombre tan sediento!  
Los codos en el marco de la ventana,  
el pie en la pared,  
los pelos en maraña; era el colmo  
de la simpatía y un campeón de la desmesura.

No había noche que no tambaleara,  
desbebiera sobre un coche,  
y se fuera amonestado;  
ni faltaba un atardecer con mil disculpas  
a fondear botellas y botellas y botellas y  
regresar a su casa a los tumbos.

Un atardecer mamá cansada  
prohibió a Lito apoyar el sucio sello  
del mocasín sobre la casa:  
esa marca podía interpretarse:  
como dejadez, encierro, malaria  
de los dueños, quedaba feo.

Lito, colorado, se mantuvo erguido  
por su equilibrio desigual. Duró menos  
la ardua faena de emborracharse, o cuánto  
más pronto se notaban sus réditos.  
A casa varias cervezas más temprano,  
zig-zag raspando contra las paredes  
el lado izquierdo de la memoria.

Las tardes vinieron más cortas,  
más fresco, y Lito nunca más.

Mi vieja sigue el movimiento circular,  
la cuchara en la olla, los trajes, disfraces,  
en la metralla de su máquina;  
la cerveza, la radio, la risa, algún vaso  
estalla, papá con sus gruñidos por docenas,  
las cenas exquisitas.

Vi a Lito, ese otoño, en traje,  
corbata y maletín: un cadete del cielo.  
Ajeno a la virtud, libraba una guerra santa.  
Una religión pedestre le había trocado  
borracheras en sermones, diezmo y cánticos:  
en su rostro, sombra de cicatrices, la luz  
de una paz sumisa. Un preso voluntario  
en una jaula transparente.

Compré dos cervezas al lado  
de la mancha de Lito,  
y brindé con mis padres, por su salud, por...  
los disfraces, por la cena, exquisita.

## Albañiles

### I: Construcción de una biblioteca

Como esperan en estantes los libros  
las manos que les saquen el polvo,  
en andamios esperan los albañiles  
la hora de volver a los suyos.

Caras trabajadas por soles y fríos,  
zapatos de hormigón, canas de cal,  
untan ladrillos como tostadas  
para sus chicos; acomodan  
unos junto a otros,  
unos sobre otros.

Tienen niveles  
para buscar el equilibrio.  
El vino los ayuda y entorpece,  
arriero de la horas, pasto de las risas.  
Chato mecenas, el capataz pide  
la música de palas y martillos,  
el sonoro rodar de la roldana.  
Bate palmas, despabila  
a la tripulación del barco quieto.

Ignoran los libros que vendrán  
a esperar las manos que les saquen el polvo.  
Tal vez alguno verá todo  
el edificio que levanta  
y hable a sus hijos con orgullo:  
tu padre lo hizo.

## II: Chanchín

Marcelino desde zanjas y pozos  
levanta edificios que no le darán abrigo.  
Habla por gestos, deja saber  
lo que se ve nomás.  
Metro y medio, chueco y barrigudo,  
el pelo indómito hacia la nuca,  
la boca llena de baches,  
en la sangre alcohol, penicilina  
y una prepotencia y un coraje:  
pelear es rutina. Tenía un caño,  
laya de chorro, y en ese rubro  
podría haber andado, pero no  
se anima: salió honrado, o le falta viveza,  
una bestia de costumbre. Dale mezcla,  
una pala, un fratacho dale, una plomada  
y él construye edificios que no pisa más.  
Un oficio como cualquiera, pero  
la cal te va comiendo. Chanchín  
está viejo con cuarenta, lleno de surcos,  
de deslomarse el alma, los hombros  
se agotan al ritmo de la luz del día.  
Y una tarde le toca perder todo:  
se corta  
la cuerda podrida,  
se deshace el piso  
en el vacío, inútil  
el manotazo compañero,  
miradas impotentes,  
un grito que cae,  
estruendo polvoriento,  
escombros ensangrentado.  
Los restos los cubren los diarios.

## Cincuentiséis en provincia

Entró el cuarenta y cinco a la cabeza;  
Vicente, el quinielero, jugó al catorce,  
y liberado de su memoria cabulera,  
chupa como un desagüe en un diluvio.

El bar del Japonés, la guarida de la charla:  
de haber un solo sobrio lo emborracharía  
el aire viciado de vino, de vermú, de pucho,  
de barajas viejas, y se baten  
los dados en el cubilete.

Todavía la lengua le hace caso,  
derecho, canas en orden,  
del público llama, saluda y canta,  
al banquero, un chorro  
de números: los sueños, la vida  
de los vecinos en pesos y centavos.

Esa noche, le avisaron, le toca.  
Pensaba mostrarles a las chicas  
los bolsillos, pero tiene contadas  
las horas: descarta  
y se tiñe de whisky la conciencia.  
Oye el canto de la sirena  
y los ojos, dos heridas, distinguen  
en la puerta la patrulla.

Pide a un compadre cigarros  
y se entrega,  
como una caja de herramientas  
al capataz, a la rutina:  
saludar al comisario,  
dormir en el calabozo.

## La lucha

Carisma bruto y los brazos de un oso.  
Pensaba ganarse la vida sin gastarse  
el lomo como los trabajadores:  
a los golpes. Pero no se llega  
sin disciplina, sin obediencia:  
el que madruga y acata, sirve;  
y el que no, está en la lona.

Hizo guantes, le daban  
unos pesos, y se ganó la simpatía  
de Don Chicho. Las canas doradas,  
dos dientes, la joyería, como un señor feudal,  
distribuía la riqueza entre los necesitados  
para tomar el bombo, la bandera, la calle.  
Y apadrinó al crédito local  
en un plantel de lucha libre.

Peleó con falsos titanes  
por la periferia. La fama,  
ajena: una máscara roja.  
Nombre doble y doble vida.  
Comienzo entre abucheos,  
que bancan el espectáculo, con los malos  
ventajistas y mañosos. Hasta los buenos  
gestos, y la frecuencia en el triunfo,  
que todos adoran. Bueno y malo  
es una lucha de matices.

Miden sus fuerzas los rivales,  
los compañeros en el ring,  
saludo desde orillas,  
y al centro de un salto,  
retumbar de maderas,  
choque calculado,  
danza forzada,  
giros de colores,  
vuelcos, estrépitos  
de tablas, barullo de tribuna,  
cuenta, contra, cuenta,  
las manos arriba.

Admirado del tumulto infantil,  
atrás del telón, sin disfraz,  
se convierte en lo que es:  
uno  
entre tantos, en la lucha privada  
de público, que busca ganar  
algo.

## Pito, Pin Floi y Guaguau

Pito nació un fin de siglo,  
próximo a su muerte.  
Su padre un pintor corpulento;  
haraganes eficientes los hermanos;  
su madre una señora encantadora.  
Estirpe de grandes narices y pelo enrulado,  
habitaban un complejo  
de caprichosa arquitectura, símil conventillo.

Las mañanas en lo alto  
entre el follaje de un pino placero  
para eludir la escuela.  
Cinco años boletines enmendados.  
Los niños pasaban grados;  
Pito cataba drogas,  
robaba cosas de poco valor,  
vendía falsos porros a fumadores incautos.

Peleador feroz y desleal,  
ladrón de quienquiera o lo que fuese  
atrayerente o trocable por coca,  
asumió un destino de malviviente  
y tatuó en su mano los cuatro vértices  
y el punto medio de los ladrones.  
Al tiempo se afanó  
en mantener su enorme nariz blanca,  
y pareció perder los párpados.  
Sobrevinieron juntadas de cables  
de automóviles, huidas, tiroteos,  
noches de gira y asaltos, breves  
y reiteradas estadías en la sombra,  
un perpetuo nadar en lo oscuro.

Una bala, Pito, espera en algún lado.  
Pito sabe, disimula, pide al cielo  
el don de la puntería y la sangre helada.  
Y continúa sus fechorías con una orquesta desafinada  
de apodos malandrines divertidos.

Pin Floi no tuvo infancia:  
su casa, un ring techado  
donde combatió a su padre.

Corto y macizo como el mármol de una lápida.  
De cara aindiada, mirada torva y sangre caliente,  
inspiraba desconfianza hasta de espaldas.  
Las venas de sus brazos marrones  
como el antiguo arroyo Sarandí  
(hoy corre a la sombra de un tubo  
igual que los pensamientos del Loco Floi).

Un suceso memorable: una reunión.  
Pito y Floi, una noche cerrada  
frente a un bar durmiente, la persiana  
levantada en la esquina,  
adoquín y azotar la vidriera.  
Un golpe, un golpe, otro más y estalla el cristal.  
Adentro la caja, whiskies, pastillas,  
demora innecesaria, ineficaz:  
dos autos grises, cuatro hombres altos,  
dos armas largas, y esposas  
para los bandidos desatentos.  
A dormir reos, casi soñar.

Guaguau fue quizá más hábil,  
menos heroico. En sus delitos  
no sumaron muertos ni cómplices.

De pelos negros, cortos, duros, como espinas;  
ojo derecho desobediente;  
como un nene de seis años,  
los dientes de adelante  
ausentes sin vergüenza.

Nació una inundación y creció ahogado.  
Guaguau se escondió del hambre  
y fue a la escuela a buscarse  
amigos y mala fama.  
Fue expulsado adolescente.

Valiente como brutal,  
incapaz de tolerar un desafío,  
rompió caras y costillas.  
Llegaron a sus manos,  
como la mugre a las uñas,  
pastillas, armas, dinero ajeno,  
algunas mujeres y algún hijo.

Guaguau, bandido discreto  
pero indócil y violento  
como el Loco Floi y Pito.  
Guaguau, que no fue preso  
más de lo que somos todos.

## Gastón

Fresco, enorme y puro,  
lo deseó, caprichosa, la muerte,  
y con el destino maquinó  
una trampa ineludible.  
La carrera corta de sus días estrellada  
contra la dureza de lo inevitable:  
en un acto violento y prematuro,  
lo cubrió de sueño, lo encerró  
en una jaula de fierro retorcido.

¿Fue la misma grata muerte, descanso  
de abuelos agobiados de insomnios y de reumas?  
¿Fue la muerte analgésica, sosiego  
de sufrientes, la que no quiso ver  
cómo nos hacía falta,  
nos hería su ausencia?

Dolía el pecho, y las manos impotentes  
de vengarte golpearon las paredes.  
Nos dolía, en la cama y el silencio,  
el cuerpo al que pertenecías menos  
día a día. Ganaba cuerpo tu recuerdo;  
una enfermera estática  
pedía no decir nada.

Salíamos del blancor y la antisepsia  
y rondábamos una fogata  
donde ardían vanas esperanzas.  
Hasta que dijeron que habían perdido  
la intermitente señal de luz  
de una máquina, que ya no latía.

En un múltiple adiós estremecido,  
en una larga, negra caravana,  
en el asfalto negro un negro río,  
tesoro perdido, te dejamos  
reposar en la tierra, bajo el mármol.

A veces te veo despreocupado por el paraíso  
de la memoria, junto a otros inmortales;  
siempre la risa, venís y vamos,  
nos emborrachamos de compañerismo,  
y retomamos, amigo, las charlas pendientes.

## Rif

El placer, el vigor, el estruendo,  
una muchedumbre a los pies del escenario  
ante los parlantes de áspero vibrar,  
cuerpos, cueros, tachas, saltos, choques,  
convulsión de cabelleras, el tumultuoso  
Rif, en cueros tatuados, tachado.

No era bien parecido  
a nadie aburrido y sensato:  
motoquero, faroles torcidos  
y colorados, labios rockeros,  
qué nariz picante, qué perturbadores  
guitarrazos de ánimo.

Románticas disputas a cuchillo  
por queridas transitorias  
y asuntos de sustancias: cicatrices.  
No se mató ni lo mataron, se fue  
muriendo por la sangre. Un agujón,  
varias picaduras, rocanroles varios  
entre piernas promiscuas.

Y se negó a vivir  
como un enfermo; se supo condenado:  
estadías en la blancura, entre algodones,  
agujas, toses agudas,  
pabellones con otros que cuentan  
incierto días restantes, pérdidas  
de peso, manchas, cócteles,  
con un ladrón de fuerzas en el cuerpo  
y sonrisa torcida, ven la crueldad  
con que se cobran los excesos.

Con la máscara del sufrimiento  
auténtico representó la farsa  
de lo verdadero: colectivos sordos  
a discursos de memoria, ciegos  
a la folletería, monedas evasivas  
trocadadas en entradas a conciertos.  
Rif gozó hasta el fondo:  
vino y seven up,  
la cabeza sacudida,  
los oídos saturados.

## Un cruce

No puede desviarse de su camino  
 férreo el maquinista, empujado por el peso  
 que arrastra, calor y ruido:  
 en la punta del andén vio al tipo,  
 ritmo inquieto de pies impacientes,  
 las manos que se amasan,  
 los párpados fruncidos, el horror  
 de los testigos involuntarios,  
 revolver de entrañas, culpa punzante,  
 su esposa consoladora, inquisitiva,  
 la cena fría.

¿No puede desviarse de su camino  
 el suicida? Carga de avatares, la cabeza pesada,  
 ritmo intranquilo de iris rabillo a rabillo,  
 pies perturbados, garganta amarga,  
 labios mordidos, sudor en las manos,  
 ojos apretados, la penúltima duda:  
 veloz, un tren de recuerdos lo recorre:  
 la noche de bodas, la edénica infancia,  
 la sala de partos, la niña alegría,  
 los jóvenes sueños que evaden el logro,  
 el mundo redondo en la luna de miel,  
 la casa paterna, la fuga, la vida  
 de huérfano adulto, tragedia, la crisis,  
 el trabajo, el trabajo, el trabajo,  
 el fracaso, el hogar, el modelo,  
 descreimiento, el derrumbe, la ruina.

El tren avanza, chirría y avanza.  
 Un cruce, resignado, de miradas.  
 El tren avanza, chifla y avanza.  
 Inminente horror de pasajeros.  
 Un cigarrillo precedente  
 cae a la vía.

## Yamila

Echó lomo a los trece: una loba  
con cara de nena. Ojos  
negro noche, brillantes de picardía,  
constelación de pecas, bocaza,  
pelos con ondas, bambolea los pechos  
y las caderas por el barrio calentón:  
babas y bocinazos.

Su madre limpiaba la mugre  
de una familia acomodada, y era cruel;  
padre vago no muy alcohólico  
ni tan violento; tíos dudosos  
y tías noveleras en casas desparramadas  
por un pasillo largo de rumoreadas noches  
y diario alboroto.

Yamila, precoz, rehuía  
la desapacible compañía familiar  
en esquinas oscuras en oscuros noviazgos.  
Breve y constante, el amor le daba fiebre...

Los años envejecieron, ella embelleció,  
y, consejo de la codicia o algún pariente,  
hizo del sexo un oficio; se entregó  
al patrocinio y patronazgo de Santagata,  
ex-policía, que regía con golpes  
y halagos a cuatro princesas  
del sexo sórdido y el vicio lúcido.

Una noche púber y febril,  
con El Chueco seguimos  
la rastra de ese encanto,  
hasta el puterío: una puerta sin luz,  
tufo de cigarrillos y perfume baratos,  
una suerte de living, vecinos,  
padres de conocidos, borrachos,  
pool y fonola, chicas sin ropas.

No me importaba más  
que Yamila, y en calzón y tetas  
de pronto de frente, esos ojos negros...  
Un billete elocuente, una ficha simbólica.

Me llevó a un cuarto, un cuarto de reloj.  
En esas sábanas que transpiran tantos,  
la besé; ella me chupó, me enseñó  
el cuerpo asqueado de besos, se ofreció  
a mis arremetidas afanosas...

No volví a ese antro pero me cruzaba  
a mi vecina en los negocios,  
respetuoso y cómplice con el saludo,  
que las mujeres escatimaban  
y canchereaban los tipos: el barrio  
tiene su moral: condenar en público  
lo que se acepta en secreto.

Una vuelta vi la camioneta cargada  
de muebles, de ilusiones, oí  
de Santagata, de moretones,  
de Bahía Blanca y empezar de cero.

Al tiempo daba la bienvenida  
a los hombres del mar.  
Les quita la sal del corazón,  
les sirve copas y niñas,  
los coquetea guaranga, y a carcajadas  
se deja toquetear y tomar por la cintura.  
Le sacó la ficha a su vida.  
Feliz madre, un día será abuela  
feliz de putas y embarcados.

## La confirmación

(De cómo desarrolló María Laura,  
la hija de la catequista,  
y el Padre Berisso le come la cabeza.)

*Pésame, Dios mío, por...* el cosquilleo,  
otra vez, con más furor, aprieta  
la tela entre las rodillas, una mano  
cubre la boca, y desciende,  
*no nos dejes caer...* al abdomen,  
pero se detiene  
y se persigna, *en el nombre del padre,*  
*del hijo...* besa la cruz del rosario  
que pende entre sus pechitos,  
*Amén, Padre nuestro que...* suspira, *el cielo,*  
las piernas le tiemblan, *dánoslo hoy...*  
se estremece el acolchado, *libranos del mal...*  
besa con fervor el crucifijo  
pequeño del rosario, *ten piedad...*  
respira hondo, cierra los párpados,  
para darse con goce, *por mi culpa...*  
al futuro castigo, *por mi gran culpa...*  
y se agota entre fiebre y súplicas,  
hasta caer dormida  
en el paraíso de los sueños  
*así en la tierra como en el cielo...*

## Milonga degenerada

Viejo de ojos saltones,  
como en permanente asombro,  
el carpintero Ernesto.  
Tras una higuera, su casa  
sin ventanas, una vida huraña.  
Y para alumbrarla  
una primavera, una luciérnaga,  
El Chuli...  
Las malas lenguas se relamían.

Chuli, causa de envidias y celos, negro,  
lacio y largo el pelo, cara angulosa,  
petiso, coqueta en conjunto  
de gimnasia, escándalo del barrio.  
Chuli, Lucrecia, comprador, hacendosa,  
mandado y social, se gana el afecto,  
se desvive por su hombre, ama  
de casa ejemplar.

Ya para las Fiestas,  
vestido de plumas y lentejuelas,  
al ritmo del bombo y el redoblante,  
entre lanzallamas y colombinas.  
Rebosaba de alegría la cena, y  
Ernesto, la apuraba, le advertía  
que los saltimbanquis, los tamborileros,  
que las locas, que esa yunta... Y  
como al hombre se lo respeta,  
le levantaba el tono y la mano.  
La Chuli, La Lucrecia, lo quería,  
lo provocaba, se hacía la víctima.

El vino ponía al viejo  
a roncar como un serrucho.  
Lucrecia de puntillas abría la puerta  
y en el pasillo atendía visitas  
trasnochadas: fisurados sin billete  
que atraviesan noche y día.  
Las malas lenguas decían la droga.

Madrugada en puntas de pie,  
la calle, las casas, dormidas;  
insomnes los faroles y los gatos.  
De la casa sin ventanas, dicen,  
ven huir una sombra.  
La voz de un hombre rezonga,  
otra grita, se cruzan  
puteadas, algo se derrumba,  
un alarido. Silencio.

Dos vecinos se asoman:  
la puerta abierta, el viejo llora  
agitado; en el suelo, hecho bolita,  
el cuerpo desnudo y manchas de sangre.  
Alguien llama a la cana y a la tele.  
Las malas lenguas dan sus versiones.

## El hombre de la bolsa

Pasado desconocido, presente mísero:  
dos sacos, dos pantalones,  
crenchas, gorro de lana, grasientos,  
barba gris y un desprecio de ojos rojos:  
nunca nada de manos de nadie.

Juntaba puchos en las paradas  
y espantaba a los chicos con gruñidos,  
un palo y una bolsa de arpillera:  
su amenaza se oía en las comidas,  
en las tareas, en lo que hiciera renegar.

Quién sabe, llegó un viernes  
con los puestos de la feria, que descartan  
lo que se pone feo, las sobras.  
Tomando sol o frío, esperaba al final  
del pasillo de changuitos.

Cuestión que se afincó  
en una construcción abandonada:  
cuatro paredes sin techo, cerca  
del acceso. Y la intemperie  
trajo más.

Compartieron caridad, enseres,  
un fuego, los trapos amuchados,  
como cachorros que chupan y juegan  
con las tetas viejas de la vida perra.

Los días bajo cero, las olas de calor,  
inundaciones, peleas, pestes, palman.  
Ya fue. Ya está.

## El Andaluz

Padre pescador, presa de las aguas.  
El destino del hijo, olas,  
horizonte, redes, mundo.  
Atrás un rastro de espuma,  
el nombre, y la madre devota  
de la Virgen del Carmen.

Chapucea todas las lenguas  
con acento de Granada:  
*altamar y el coro de las estrellas;*  
*Sol de Marruecos, humo de hash;*  
*las negras del Cabo; hombre muerto,*  
*en el Líbano, una puñalada.*

Comercio de whisky y cigarros,  
canto de coplas, jura de mentiras,  
detrás queridas, malentendidos,  
un surco de espuma...

Constante deriva, estrella de naufrago,  
desembarcó en la Boca. Un temporal,  
un tormentoso amorío lo arrastró tierra adentro,  
y en la mezcla de barros de Dock Sud y Sarandí,  
lo dejó varado largo rato.

Hizo changas, amigos, se hizo fama  
de charlatán divertido, aventurero;  
se dio a la bebida, a la beneficencia,  
y terminó durmiendo en autos que le dejaban  
al tapicero, al mecánico, al chapista.  
El acento, la barba gris, hechos hilachas;  
su robusta pequeñez perdió vigor.

Una mañana, en la Saladita, lloraba,  
mojado, tambaleante, al borde  
de caer otra vez; lo sostuve.  
—*La del Carmen, hijo*—dijo.  
*Te juro por la Luna, Reina del Agua,*  
*apareció mi patrona, “que estaba enterrado*  
*en vida”, “que el mar es mío”, palabra...*

Un día me di cuenta, pregunté,  
no se lo veía hacía cuánto.  
Me dijeron que fue,  
que encaró hacia la costa,  
cortó amarras de años,  
echó por tierra el lastre,  
*y en el incendio de sol del horizonte*  
se hizo al agua, un surco...  
Se hizo humo.

## Volado

Qué bueno ser como El Pájaro,  
pensaba, ver el mapa desplegado,  
una voz del aire, andar en las nubes...

El cielo, para él, era un medio  
de ganarse la vida: vociferaba  
direcciones de negocios, los proyectos  
de un candidato a intendente, del circo  
que erigía la carpa remendada  
al pie del puente, o en la rotonda.  
Sobrevolaba las vidas cotidianas,  
con estribillos gancheros y barullo celestial.

Así comerció con la altura  
largos años hasta ser el patrón propio,  
sudor y sacrificio, su propia nave,  
azul, dos pares de alas,  
y vocación por el atrevimiento:  
si fumabas en la terraza,  
tomabas sol, tendías la ropa,  
y levantabas la vista, a veces te regalaba  
una pirueta, un giro de riesgo.  
Pero seguía en el oficio terrestre  
de vender y venderse.

Un día en el hangar en nadie sabe dónde,  
supo la historia de un griego, un pícaro  
que voló por sus propios méritos,  
pero demasiado bajo: fue  
atrapado por el magnetismo de la tierra.

Otro, habló desde el aire  
sobre metas y horizontes,  
y emprendió el ascenso:  
elevado hasta lo inaudible,  
subió más,  
una equis;  
más alto,  
un punto;  
más,  
azul.

## Ey, tícher

Hello, my name is  
Fernando, silence, please,  
I am the teacher,  
no,  
nacé acá en Avellaneda,  
I'm Argentine,  
no sé, no conozco, no fui,  
studied, particular, porqueeh  
sí,  
me gusta.

“el imperio necesita voluntarios,  
paga el estado, yo  
tiendo puentes”

¿Qué palabras conocen in English?  
*Shopin*. Yes, ¿cómo? *La pley*. Yes,  
es una marca. *Supermán*. Good,  
*Cíber*. *Polís*. ¿Qué más? *Cartún*. Ok.  
Bueno, please, busquen five, así, five  
para la próxima: cuando coman  
miren los paquetes,  
cuando miren los diarios, la TV...  
Attention. ¿Qué? The end?  
Bien, seguimos,  
no, tomorrow no,  
pasado, bye bye,  
no se olviden las palabras.

## Índice

**Dock Sud / 7**

**Salud / 9**

**Albañiles**

    Construcción de una biblioteca / 11

    Chanchín /12

**Cincuentiséis en provincia /13**

**La lucha / 14**

**Pito, Pin Floi y Guauguau / 16**

**Gastón / 19**

**Rif / 21**

**Un cruce / 23**

**Yamila / 24**

**La confirmación / 26**

**Milonga degenerada / 27**

**El hombre de la bolsa / 29**

**El Andaluz / 30**

**Volado / 32**

**Ey, tícher / 34**

El diseño de esta versión es diferente al del libro, fue pensada para imprimírsela, o leer en pantalla.